REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXI — San José, Costa Rica **1936** Jueves 21 de Junio — Núm. 24

Año XVII — No. 760

SUMARIO

CON LA INMENSA MINORIA

Recuerdo al primer Villaespesa

(1899 - 1901)

Por JUAN RAMON JIMENEZ

= De *El Sol*. Madrid, Mayo 10 de 1936 =

Viernes Santo lluvioso, 1936. Otro viernes santo lluvioso, hace 36 años, 1900, llegaba yo a Madrid por vez primera. Había recibido días antes una tarjeta postal de Rubén Darío y Francisco Villaespesa, invitándome a venir. Y, claro, yo me vine a Madrid volando, sin pensar en nada más. (Sólo conocía entonces 3 poemas de Rubén Darío: **Friso**, "El Gato Negro", Barcelona; **Urna votiva**, "Vida Nueva", Madrid, y **Al Rey Oscar**, "La Ilustración Española y Americana"; de Villaespesa, el libro **Luchas**, que él me había enviado espontáneamente). Noche de confusas estrellas trastornadas, alta y bajas, exaltado desvelo, quizás fiebre, en el tren que venía a mayor niebla cada vez. Al fin, en la mañana arrollada tristemente, un Aranjuez relativo. Madrid cercano luego, mísero, sin gracia, anodino en su cerro, derramado charco sólido; y ya, de pronto, con su rápido preludio sucio de herrajes mohosos y cristales rotos, la estación goteante.

Me esperaban, caras ya vistas en fotografía unas, absurdamente nuevas otras, Salvador Rueda, Francisco Villaespesa, Julio Pellicer, Bernardo G. de Candamo, no recuerdo quién más. Nos metimos todos en un mojado ómnibus yerto, que arrancó trepidante y cuyo traqueteo estallador contra los adoquines dominábamos a gritos falsos o verdaderos. Mi primera vista de Madrid interno fué la ensabanada estatua de Moyano. Feo. Luego vi las torres de pizarra en el cielo cerrado. Más feo. Luego, las escaleras oscuras de madera fregada. Feísimo. Bruma íntima, asco amargo, abierta melancolía, deseo de volverme en el ómnibus mismo a Moguer de mármol, rejas verde, cal, tejas amarillas con flores, sol rubio en todo, bellísimo... Pero llegamos también a la casa donde yo viví aquellos meses de extraña primavera empezada en Andalucía, retraída en la Mancha, cambiada de pronto en Aranjuez, anulada, sepultada, olvidada en Madrid. Mayor 16, piso último, amable familia granadina. El almuerzo olía, pero yo no me hice cargo. Villaespesa, acabando todos de subir los 200 escalones, me pidió que le leyera "en el acto" mis versos; y sin preocuparme de otra cosa, sin ver ya nada ni a nadie, bajamos los dos los 200 escalones, entramos en el café que había en la misma casa, y allí, mientras no sé si tomábamos no sé qué, le leí "todos" mis versos, mi profuso libro **Nubes**, sentimental, colorista, anarquista y modernista, de todo un poco ¡ay! mucho. Llovía largo fuera; dentro, humo plomo, férreo estrépito diferente. Yo, en ninguna parte. Cuando quise almorzar, cené.



Francisco Villaespesa

A las 8 de la mañana siguiente, Villaespesa (abrigo levita canela y pelado sombrero de copa) estaba en la puerta de mi alcoba; y a su casa los dos. Yo iba todos los días 3 ó 4 veces a casa de Villaespesa, calle del Pez (y algunas veces a la de Rubén Darío, que estaba a la vuelta, calle del Marqués de Santa Ana, un piso bajo con algo de cárcel, y en ella ya Francisca Sánchez, "arcilla, dijo Hugo, más bien", mate manzana humilde. Rubén Darío estaba casi siempre sentado en la cama, en camiseta, o escribía, quizás, de pie, sobre una cómoda, con su levita estallada, y su sombrero de copa puesto). En casa de Villaespesa leíamos, cantábamos, gritábamos, discutíamos. Elisa, su leve mujer, su nardo inadvertido, tocaba mediadora el piano: "El alto de los bohemios", etc.; su cuñada Leonor la bella hacía crítica humorística, y ¿Marcela?, "la otra", callaba sonreída. De vez en cuando entraba más sol, digo, una muchacha radiante de cabello oro, irisada de aureola, que entonces nunca pude saber quién era. Y nos íbamos todos, si el tiempo era bueno, a la Moncloa. Junto a una fuente, en un bosquecillo, una glorieta, con la pálida y dulce Elisa como imagen de fondo, nos recitábamos, a un unísono incansable, versos de Rubén Darío, de Bécquer, de Julián del Casal, de Rueda, de Silva, de Rosalía de Castro, de Lugones, etc., y de nosotros dos, naturalmente, y de nuestros "hermanos" (nos llamábamos hermanos) José Durbán Orozco, de Almería; Almendros Camps, de Jaén, que Benavente había señalado; José Sánchez Rodríguez, de Málaga; Ramón de Godoy, gallego. (Los Machados no habían hecho su aparición en nuestro horizonte; Unamuno, aun cuando nos llevaba 20 años, no había publicado sus poesías, o nosotros no las habíamos visto). A la vuelta, con el crepúsculo y el cansancio, una honda nostalgia me cargaba de realidad visible. En realidad visible, yo no sabía a esa hora, ni a ninguna otra, a qué había venido a Madrid, para qué estaba en Madrid. Escribía, eso sí, febrilmente, ordenaba mis versos y entraba en muchas imprentas, en to-

das las imprentas, porque Villaespesa descubría cada tarde una mejor; en muchos cafés, otro café siempre, en muchos museos, distinto museo siempre, en muchos jardines, más lejano jardín siempre; como torbellinos y sin saber yo por qué. Cogidos de una idea súbita, locos sucesivos, andábamos y desandábamos las calles, las plazas, las iglesias, los paseos, las fábricas, los cementerios, recitando versos, cantando, hablando alto. Villaespesa insultaba a veces a uno que pasaba, creo que sin saber quién era, para admirarme, y luego me decía que era tal o cual escritor "imbécil"; tomábamos un coche, lo dejábamos; comíamos, bebíamos a cualquier hora, en cualquier sitio, cualquier cosa. Y así hasta las 4 o las 5 de la mañana, cuando el blando gris azul del cielo de oriente sobre la Puerta del Sol, la calle de Alcalá, la Red de San Luis me arrullaba, me endulzaba el cuerpo y el alma y me llevaba a dormir. Pero a las 8 siguientes, como el primer día, Villaespesa estaba, con su sombrero de copa y su abrigo entallado, en mi casa, y otra vez el ciclón. Dentro de Villaespesa corría otro río oscuro, que yo no entendía bien y en cuya orilla me dejaba, quizás esperándolo. El tomaba una barca y volvía por sitio insospechado, con un telegrama urgente en la mano, sin el abrigo, con un hueso, etcétera. Un instante raro, extraño.. Nos nivelábamos sin preguntas de lo misterioso.

Con el verano, cansado y aburrido, me volví a Moguer. Mi libro **Nubes**, es decir, mis libros **Ninfeas, Almas de violeta** y el resto quedaron en la "Tipografía Artística", calle del Espíritu Santo, cuyo regente, amigo y creo que paisano de Villaespesa, se peleaba con él y conmigo apropósito de Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce, y nos hacía trastadas en las pruebas. (Cuando recibí la edición, me encontré que Villaespesa había dedicado "todos" mis poemas a sus amigos y corresponsales hispanoamericanos, portugueses o filipinos, o yo no sé de dónde, pues a muchos de ellos yo no los conocía más que de oídas de Villaespesa. Mis dedicatorias eran sólo a personas, Rubén Darío, Reina, Rueda, Valle-Inclán, etc., a quienes yo conocía). Pasé por Madrid en mayo de 1901 camino de Francia, donde empezó mi reacción contra el modernismo agudo, que me hizo caer demasiado del lado opuesto, **Rimas**. Volví el año después, y Villaespesa, que se me había traspapelado, vino a verme al Sanatorio del Retraído entre el grupo nuevo. Ya estaban en Madrid los Machados, mayores que nosotros en edad y en todo, firmes sostenes de la "poesía nueva". Villaespesa seguía atravesando puertas, paredes, techos, como si fueran aire, en el mismo estado de inconsciencia disparatada, entreabierta siempre la boca, molde palpitante de la pala bra de su rito, fija la vista, tras los lentes de su miopía, en su fin. Menos Villaespesa, todo había cambiado en aquel año. Ahora regían los simbolistas franceses y Góngora. Yo traje de Francia libros y revistas que desaparecieron de mano en mano. Ya considerábamos maestros a Benavente, Valle-Inclán, Azorín, Baroja y respetábamos, un poco de lejos, al "sabio" Unamuno. La revista **Helios**, que hacíamos Martínez Sierra, Pérez de Ayala, Pedro González-Blanco, Carlos Navarro Lamarca y yo era ya una revista "seria", presidida siempre, más lejos o más cerca, por Rubén Darío. **Soledades, Alma, El alto de los bohemios, Arias tristes, etc.** Yo no sabía ya bien lo que significaba Villaespesa en mi reciente nueva vida. A veces se me presentaba solo a deshora, rojas como de fiebre las rosetas de tísico que siempre tuvo sin serlo y, exaltado hasta el frenesí, nos decía cosas como estas: "D'Annunzio llega esta noche, Eugenio de Castro nos espera en el hotel de París". Y yo no sé, no recuerdo si lo creíamos o no, pero condescendíamos con él y lo acompañábamos al hotel de... Roma o a la estación, la otra estación.

En 1905, después de una temporada en el Guadarrama, y otra en casa del doctor Simarro, tónicas para mí, me fuí otra vez a Moguer, y no volví a Madrid hasta el 12. En esos años las cosas cambiaron menos que en los anteriores. Dispersión y parálisis. Lo agudo se estaba poniendo grave, se consolidaban los valores, había que pensar en la existencia. Villaespesa andaba por sus Américas, emulando los éxitos teatrales de Eduardo Marquina. Muchas cosas debieron pasarle y por muchas cosas debió pasar en ese tiempo. Me llegaban noticias suyas como de otros planetas. A veces me escribía desde México, desde Portugal, desde ninguna parte, sobre un proyecto urgentísimo, inaplazable. Un día se presentó en la Residencia de Estudiantes, calle de Fortuny, donde yo vivía. No supe nunca a qué. Entró por una puerta, salió por otra como por un tren en marcha, y desapareció para siempre de mi presencia. En realidad, mi relación con Villaespesa había terminado, 1902, con mi modernismo.

2

Rafael Cansino, es decir, R. Cansinos-Assens, le decía "Villaspezia". Era la época de los cambios de nombres. Muchos escritores hispanoamericanos se los cambiaban, buscando efectos suntuosos, históricos, fantásticos para sus etiquetas, y algunos españoles también. Rubén Darío, Félix Rubén, etc., quería que yo me llamara Juan Ximenes, "Juan como el Arcipreste y Ximenes, pero escrito a la francesa, como el Cardenal". Yo le decía que no, que estaba mejor el Juan corriente con el corriente Ramón y el Jiménez corriente, porque yo era y no quería dejar de ser un hombre corriente; que no Numa Pompilio Jiménez ni Juan Ximenes; nada de falsedades teatrales. Pero Villaespesa era teatral sin cambiar de nombre. Algunas noches que yo me encontraba con él en mis sueños iba vestido de romano, Capitán de cohorte de Semana Santa. Villaespesa estaba extraordinariamente dotado para la poesía efectista, siempre con las candilejas al pie. Arrastraba, entonces, como un actor de gran latiguillo y excelso falsete, y embobaba a la juventud provinciana, como hoy García Lorca. Esteban Salazar Chapela ha dicho estos días que a Villaespesa le faltó sólo administración. Cierto, bien administrado, Villaespesa habría sido tanto o más que cualquiera de los que entonces y ahora nos administramos tan bien; habría sido del todo lo que era, lo que iba a ser en su juventud. El modernismo exotista parecía hecho para él; Villaespesa era él solo todo modernismo exotista español, hispanoamericano y portugués. Los demás no fuimos sino accidente momentáneo. El fundó y mudó sucesivamente todas las revistas del modernismo, "peleó todas sus batallas" con la maza del "¡imbécil" siempre en alto, como un verdugo de su Apolo. Todos creíamos que Villaespesa habría de ser el mayor poeta del mundo, del mundo español y portugués, por lo menos. Era "el gran poeta» por antonomasia, acaso porque él nos lo gritaba, se lo gritaba a toda hora, pues sin duda necesitaba convencerse y convencernos a gritos. Derramaba su vida, todo lo que tenía dentro, poco o mucho, verdad o mentira. En ciertos aspectos puede relacionarse, por eso y por lo otro, con Lope de Vega; y, con más cultura, hubiera sido el Fénix contemporáneo. No sería extraño que un día se hablara de Villaespesa lírico como de Lope hoy, que no es tan diferente la calidad general del uno de la del otro. Pongamos 2 siglos por medio y veremos lo que parece la lengua "ligera" de Villaespesa; y comparemos las **Rimas humanas y divinas y El viaje sentimental** por ej. Lope de Vega, Zorrilla, Rueda, Villaespesa, García Lorca; este es el torrente, el río, la cascada, el mar... el naufragio. Como lo fueron Zorrilla y Rueda y lo es García Lorca, Villaespesa fué siempre un alhambrista. Todos ellos han vivido realmente en el alcázar de las Perlas, con diverso horizonte cada uno, es claro. En Villaespesa, el horizonte y todo lo demás era el modernismo, aunque él no pudiese explicar bien lo que el modernismo y él significaban. Fué el "paladín, el cruzado, el púgil del modernismo", del modernismo hispanoamericano, portugués, español, de "su modernismo". Porque en el modernismo hubo muchas variantes. Rubén Darío era la cabeza evidente, el conjunto, la síntesis, el "modernista ideal", e influyó en todos nosotros, exotistas y castellanistas. Aparte de Rubén Darío, en los Machados y en mí la influencia mayor fué francesa, el simbolismo no el parnaso; en Villaespesa, más parnasiano a través de Reina y Rueda, era italiana a través de Orts Ramos, portuguesa y americana directas: d'Annunzio adivinado, leídos deprisa Julián del Casal, Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón Lugones y Eugenio de Castro. Yo creo que Julián del Casal, Rueda, Díaz Mirón y Eugenio de Castro fueron la verdadera fuente de Villaespesa, con una mano de Rubén Darío, barniz sólo. (De Herrera Reissig, que copió a todos, españoles e hispanoamericanos, que dejó una ensalada tan ingeniosa de todo el modernismo, no supimos nada hasta 6 u 8 años después). Villaespesa devoraba la literatura hispanoamericana, prosa y verso. No sé de dónde sacaba los libros. Es verdad que mantenía correspondencia con "todos" los poetas y prosistas hispanoamericanos, modernistas o no, porque para él lo de hispanoamericano era ya una garantía. Libros que entonces reputábamos joyas misteriosas y que en realidad eran y son libros de valor, unos más y otros menos, los tenía él, sólo él: **Ritos** de Guillermo Valencia, **Castalia bárbara** de Ricardo Jaimes Freyre, **Cuentos de color** de Manuel Díaz Rodríguez, **Los crepúsculos del jardín** de Leopoldo Lugones, **Perlas Negras** de Amado Nervo. Y tenía, además de los libros, varios críticos para su uso particular, uno italiano, otro portugués, dos o tres americanos, todos de nombres variantes; uno español, Isaac Muñoz Llorente, "el crítico más grande del mundo".

Villaespesa, como Rueda, como otros de entonces y ahora, "no sabía escribir". Sus faltas de sintaxis y ortografía, su lugar común eran normales, invaria-

bles. El verso es muy engañoso. da el pago fácilmente a quien no tenga buena vista. Donde se ve del todo y pronto el escritor es en la prosa. ¡Cuántos poetazos (y prosistazos) figuran por ahí que no pueden escribir 3 líneas seguidas en prosa natural. Villaespesa era un fácil en prosa y verso, y si acertaba con tal o cual ritmo o giro, era intuición pura. Y en estas casualidades es donde está lo mejor de Villaespesa, aciertos muy bellos. Nadie como él ha podido representar en España lo poético inconsciente. Esto también tiene su mérito. Sería inútil querer profundizar en la obra de Villaespesa, buscar en él o en ella una ideología, un centro sensitivo, una mina de emoción, cosa tan sencilla en Unamuno y Antonio Machado. El valor que él pueda tener hay que buscarlo fuera. Esto mismo ocurre con Rubén Darío, con el mismo Góngora, tan grandes poetas exteriores, con tantos que tienen fuera su dentro. La visión de Villaespesa, su paisaje fueron coloristas, sólo descriptivos; su ilusión del paganismo, retumbrón: tirsos, hetairas, panteras, etc; su misma pena por ausencia o muerte, que es su tema mejor, es una pena de alrededores. Imposible encontrar en nadie más tópicos españoles; la Andalucía de pandereta que Rueda significó, reaparece en Villaespesa, vuelve en todas las generaciones poéticas. El verdadero valor de Villaespesa está, pues, en lo que se suele decir "vital", es decir en la vida exterior.

El momento actual de la poesía española me recuerda a cada instante el momento del modernismo. Hoy el colorismo y el modernismo son o acaban de ser el ultraísmo, el creacionismo, el sobrerrealismo, el gitanismo, el marinerismo, el rolaquismo, el catolicismo, el demonismo, el murcielaguismo. Yo definiría estos "movimientos" españoles e hispanoamericanos como el villaespesismo general. Lo ve quien vió aquello. En poesía y en todo, en todo lo que viene o no de la poesía y va o no a ella. Casas que poseían sólidos, bellos, fijos muebles de estilo, los cambiaban por falsos artefactos incómodos, con laberintos de tallo de loto, como ahora los tubos niquelados; los juguetes de salón eran como los de la hojalatería y el alambrismo de hoy, igualmente absurdas las lámparas; las fachadas, tan odiosas como hoy las del lecorbusierismo; todo de igual pacotilla, oquedad, ligereza. (Pero nada de homosexualidad en el modernismo, señoras y señores; nuestro ideal amoroso era y sigue siendo femenino, fácil o difícil.) Bastantes Villaespesas tenemos en la presente "poesía nueva", y lo que hacen algunos olerá dentro de unos años, a mí ya me huele, como lo de Villaespesa antier, ayer, hoy. Pasados 10 años, uno de ellos escribirá de los otros algo parecido a esto que estoy escribiendo hoy de Villaespesa. El fué, como son hoy en lo suyo tantos que pasan miopes por la poesía, el modernista que no se dió nunca cuenta de lo que era el modernismo ni de lo que no era, de lo que no podía ser o podía ser; y, por lo tanto, fué el único de nosotros que siguió siendo modernista hasta el fin. No podía ser tampoco otra cosa. "El último artículo del poeta", que me envía el alerta Juan Guerrero desde Alicante, es igual al primero que escribió: "los nuevos bárbaros, los eunucos, los paladines, el triunfo", etc.; y estoy seguro de que si yo hubiera hablado con él en sus últimos días, me habría dicho las mismas cosas, exactamente las mismas que me decía en 1899, me habría citado los mismos nombres, me habría gritado los mismos versos; y de que si, por desgracia para él y para todos, renaciera, seguiría lo mismo otra u otras vidas. No era posible que pensara de otro modo, porque él era su modernismo en persona, y cosa, como un neblí es un neblí, un atrio es un atrio, una pandereta una pandereta. El modernismo fué en él naturaleza y desgracia; y su fidelidad al modernismo su razón de ser, la fidelidad a su ser. La historia de su vida y su obra no será ejemplar precisamente, pero sí es extraordinariamente pintoresca, asombrosa. Buena vida para un libro de Pío Baroja.

3

Cuando Francisco Villaespesa preparaba su **In memoriam**, hacia 1907, me escribió a Moguer pidiéndome un poema para el libro. Le envié este soneto (que no he visto hace 30 años y copio de mi memoria):

A Elisa

Aun yerra en el jardín de mis quimeras
aquel secreto pálido y arcano,
que sacaba del luto del piano
el pensamiento gris de tus ojeras.

Y esta noche fantástica, tú eras
luna, viento, cristal; tu leve mano
estuvo entre las manos de este hermano
de todas las dolientes primaveras.

Mujer, eco de luna y de jazmines,
fija en el hondo azul de mis jardines
esa presencia que a la muerte arrancas.

Tú que nos diste, leve flor de angustia,
bajo el agobio de una fronda mustia,
todo el aroma de las rosas blancas.

Y al morir ahora Francisco Villaespesa, se interpone entre su muerte y yo la muerte de Elisa, su fina, su dulce Elisa. Lo recuerdo bien. Vinieron los Machados a decírmelo una tarde mala, después del entierro. Yo estaba enfermo. Elisa se quedó bajo la tierra, pero flotaba, como la ondina, sobre nuestro lago. Hija de padre español y madre cubana, unía dos distintas calidades mejores. De ella de su inspiración salió creo yo, buena parte del más delicado modernismo español, pues Elisa estaba muy cerca de las princesas del modernismo, que eran las del simbolismo, las fantasmas del cisne y la estrella. Elisa era para mí la representación de la femenina dignidad esbelta, como una encarnación de las heroínas de Poe, de Maeterlinck, de Rubén Darío.

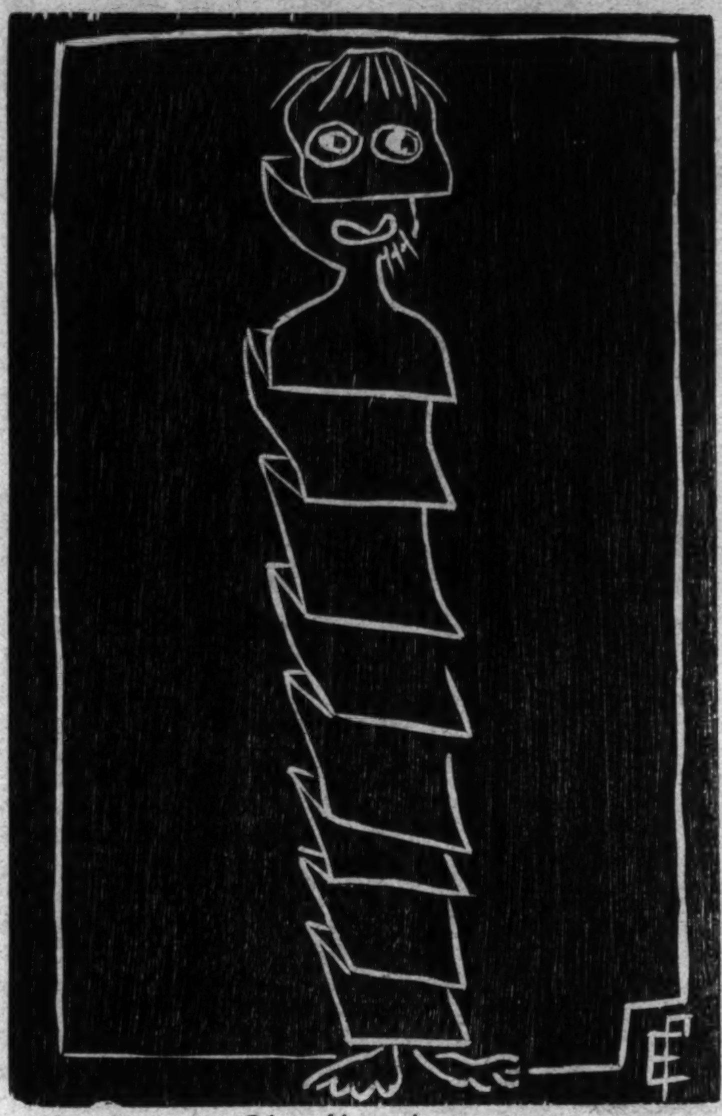
En esta primavera, este viernes santo, la muerte me revuelve con muertes aquella vida, antigua primavera despreocupada, loca, riquísima, en que veíamos por vez primera los colores del mundo y despertábamos, entre las hojas verdes, a la idea de la inmortalidad. Todo era nuestro, y despreciábamos todo lo que no fuera la gloria, es decir, nuestra gloria, puesto que nos creíamos y éramos, por lo tanto, dioses. Muchos años, muchas cosas, muchas primaveras por medio. Pero el recuerdo de aquellos días de entusiasmo, fervor, dinamismo, esperanza, libertad, fe, vuelve a mí, no sé si como mi abril mejor, pero sí el más lustroso y profuso. Vendrá luego el dominio, la serenidad, la u n i d a d; aquel verdor, aquel fulgor del mundo ya no vuelven más. A veces he ido a mis primeros versos y a los paisajes donde los viví, con la idea de encontrar aquel resplandor oriental de la poesía, aquel color de 1899; pero no eran lo que yo recordaba; sin duda el color estaba en mis ojos de entonces y en la memoria de mis ojos de entonces. Aquella blancura del amor, aquel emanar del agua corriente, aquel sabor de la naranja, aquel olor del nardo, aquel verde del pavo real, aquel morado, aquel hondo morado de la tarde, aquel amarillo de la estrella, aquel primer libro de Rubén Darío, que Francisco Villaespesa y yo leíamos embriagados en aquel ejemplar único de Salvador Rueda, no volverán.

Primer Francisco Villaespesa: por aquellos días vivos sobre la juncia y bajo el laurel, días completos, sin dormir y sin querer comer, todos poesía loca; aquellos paseos interminables por el paraíso, aquel sueño nuestro primero de gloria; por aquellos días en que eras lo que pudiste y no pudiste o no supiste o no quisiste ser, este recuerdo honrado, verdadero y necesario.

Examen de conciencia del intelectual

Por JEAN CASSOU

= De *Leviatán*. Madrid. Mayo de 1935 =



Claudicaciones Madera de *Emilia Prieto*

El intelectual... Pero a él mismo le desagrada este vocablo. ¿El escritor? ¿El artista? En el siglo XIX se decía "el pensador"; era el hombre que desentrañaba las causas y descubría entre las ideas y las formas relaciones secretas, imprevistas, que no vislumbraba el común. Y en ocasiones el pensador se convertía en profeta e imponía su misión a los pueblos oscuros. En nuestra época se ha propuesto el término **clerc**, por el cual se entiende al hombre que, libre de los intereses temporales, sólo concibe el universo en función del universo, y se mantiene en esta posición.

En fin, el intelectual, que es un poco de todo eso, y quizás algo más todavía —pues presiente que definirse sería menguar y que su más vital disposición, su más secreto consejo, deben consistir en ser siempre algo más que sí mismo—, el intelectual, decimos, ya que así se le define, solo en su cuarto, rodeado de sus libros, sus instrumentos, sus fetiches y algunas imágenes del arte de todos los tiempos, se interroga. Voces confusas le solicitan por doquier. El mundo se transforma en torno suyo, intereses diversos le apremian, llamamientos contradictorios le conmueven. Evoca, para hacerse fuerte contra este tumulto, algunas grandes figuras entre sus maestros: Baudelaire, Mallarmé, Cézanne. Se pregunta de dónde les surgía esa negativa a satisfacer los gustos del público de su tiempo, esa apetencia por un arte cerrado en sí mismo, inadecuado, inasequible. Pero ¿es que hubo jamás expresiones artísticas o poéticas en las que una sociedad se haya reconocido por entero? Sin duda, en el pasado, ciertas artes fueron florecientes, felices, espléndidas. Mas se colocaban al servicio de los príncipes. ¿Hubo artes en que, no ya una **élite**, sino el universo entero, la condición humana toda, se haya encontrado? ¿Hubo **edades de oro?** En algunos genios muy potentes se halla este presentimiento de una edad de oro, esta abundancia, este regocijo del hombre que está de acuerdo con el hombre y que ya sólo aspira a crear, cual un dios. Había algo de esa felicidad en Tolstoi. Hasta que un día, bruscamente, se detuvo el torrente de alegría, porque Tolstoi, mirando en su derredor, descubrió, en un vértigo de sorpresa, que no vivía en el seno de la edad de oro, sino en medio de un intolerable infierno de vergüenzas y de miseria. Entonces lanzó su maldición sobre la creación y la vida mismas. En lo cual hizo mal, porque era desesperar: debió, por lo contrario, proseguir la marcha adelante de esas potencias de vida y de amor qué en sí llevaba, y transformarlas en acción. Mas esto es la historia de Tolstoi, que ya conté una vez, y no la historia del intelectual de hoy.

Este rechaza, pues, entre las quimeras del pasado, o entre las de lo por venir, la imagen de una edad de oro en que el artista hallase materiales para edificar una obra perfecta y dichosa. Pertenece, por lo contrario, a una época de "conciencia desdichada", si hemos de emplear la fórmula a que son tan aficionados, desde Hégel, los metafísicos. Vale decir que sufre por un sentimiento de división y de contradicción. El arte al que ama, el arte de un Baudelaire, de un Mallarmé, de un Cézanne, es un arte desdichado. Un arte trágico. Un arte de resistencia y de oposición, que niega todos los conceptos sobre los cuales quiere entenderse la sociedad de su tiempo; un arte que canta el gemido del alma solitaria, recogida n sí misma, habiendo roto incluso los lazos que la retenían ligada a la dudosa realidad del mundo exterior.

Esta sociedad, ¿por qué se niega el artista, el escritor, a hablar su lenguaje, a adoptar su visión, a suministrarle las imágenes tranquilizadoras y armoniosas que ella le pide? Recorriendo entonces con una mirada su biblioteca, nuestro intelectual piensa en el cortejo de los más grandes espíritus de la humanidad, en aquellos que, oponiéndose sin cesar a las fijaciones, a las paradas, a los endurecimientos de los dogmas sociales, hallaron en su corazón, en su razón, en su sarcástico genio crítico, los principios de una sociedad más justa y en la cual el hombre ya no fuese el enemigo del hombre. Evoca a Rabelais, a Montaigne, a Voltaire, a Nietzsche, a todos cuantos vieron que las reglas más ideales sobre las cuales se fundamenta una sociedad, las justificaciones más sublimes, los dioses mismos, no eran sino miserables ficciones interesadas. Con ellos sueña un hombre despojado de los mitos, y libre, un hombre desconocido aún, pero cuya figura vislumbraron en sí mismos esos espíritus de fuego.

Prosiguiendo su obra crítica, descubre, con Marx, que todas esas razones que se da el hombre para justificar sus instituciones y sus morales no son más que el efecto fatal de las estrictas leyes económicas. A partir de entonces el intelectual ha operado en su mente un giro paradójico: no ceja hasta descubrir la humana, demasiado humana maquinación que se oculta en todo aquello que los hombres llaman espíritu. Y él, el intelectual, el hombre del espíritu, sabe ya que está en la tierra y que es relativo a un universo más allá del cual no puede haber más que mentiras, un universo sobre el que, al fin, le es posible actuar.

Esta cadena de descubrimientos, de insinuaciones críticas, de oposiciones y de ir levantando velos, que al hombre le hacen retornar al hombre, es lo que suele llamarse la cultura. Es de eso de lo que el intelectual se siente garante, y experimenta el áspero y exaltador deseo de prolongarlo de manera efectiva. Lleno como se halla de ensueños, de músicas, de aspiraciones y especulaciones, el intelectual, en la tierra, en su tierra, se siente zambullido en la realidad. La realidad, concreta, móvil, y que debe doblegarse, adaptarse a la figura humana. Para él la cultura ya no es una abstracción, ni un tropo académico, sino el esfuerzo de las generaciones por alcanzar esta realidad; es incesante novedad, voluntad tierna y cambio. Para él, intelectual, artista, poeta, sabio, la idea de creación se confunde con la idea de revolución.

Luego, reflexionando sobre las condiciones en las cuales efectúa su creación, comprueba que no saca nada más que de sí mismo. Que ese desinterés y esa libertad que le parecen indispensables, y que constituyen su orgullo, la sociedad que le rodea no se preocupa en absoluto de ellos, o, cuando lo hace, es para intentar en seguida utilizarlos para sus fines inmediatos.

Es tan sólo de rechazo o merced a ardides tales como las transacciones de la moda, del "snobismo", del "segundo oficio" o del periodismo, que puede gozar de los bienes que la sociedad ofrece a quienes participan conscientemente en sus combinaciones. Mas su existencia es un juego sin fin, y tal vez mañana sin dignidad. Ahora bien: él no posee, realmente, más que su propia existencia, y es de ella, de sus azares, de sus experiencias, de sus amarguras,

de donde saca su obra. Quien no posee más que su propia existencia es un proletario: a partir de ahora el intelectual sabe que se encuentra en las filas del dolor y del esfuerzo, no en las de la posesión. O bien acepta realizar tareas que la sociedad existente pueda pedirle para divertirla, entretenerla, confortarla, o justificar, por la fabricación de cualquier ideal espiritual, las empresas interesadas a que ella se dedica. En este caso el intelectual se convierte, más o menos conscientemente, más o menos cínicamente, en un **clerc** que traiciona.

Y, precisamente en el momento en que el intelectual se interroga este modo, la sociedad existente le insta, le apremia para que traicione. Es que ha descubierto ella el peligro en que se encuentra, y, en un sobresalto pánico, quiere fortalecer sus bases, su división de clases, sus principios económicos y todas las subestructuras morales e ideológicas que esos principios entrañan. Mas la cultura, la gran tradición de cultura crítica y humana, que quiere hacer tornar el hombre a la tierra libertado de sus temores espectrales y descubrirle su condición verdadera y sus necesidades inmediatas, esa cultura desemboca en socavar aquellas subestructuras morales e ideológicas de la sociedad sobrecogida de miedo. Es por esto que el fascismo, que es el régimen que adopta una sociedad sobrecogida por el miedo, se manifiesta contra la cultura y quema los libros. El fascismo pretende detener el impulso del hombre hacia su porvenir, quiere traerle de nuevo a sus cuadros y a sus mitos, y todo cuanto es universal, al fascismo se le antoja temible. Si estallara en Francia, quemaría a Montaigne y a Voltaire, desde luego, y también a Pascal, que exclamaba con risa socarrona: "¡Verdad aquende los Pirineos, error allende!" Porque Pascal, que era un sabio y un poeta, no podía refrenar la avidez de su genio por hallar una verdad valedera para todos los hombres. Era una verdad de este tipo lo que buscaba al hacer sus experimentos de física en la torre de San Jaime, experimentos que un régimen fascista no podría tolerar, salvo si le pareciesen utilizables para la defensa nacional. Fascismo es lo que limita. ¿Qué atractivo, por lo tanto, podría ofrecer a un intelectual, siendo éste enemigo de los límites?

Lo que ocurre es que hay en el intelectual fatigas repentinas y una necesidad de tomar aliento en el calor de un grupo que le lisonjee. Para sentir estos nexos entre el pensamiento revolucionario y el pensamiento intelectual se requiere una tensión, una confianza, acaso un heroísmo, que no siempre es uno capaz de tener. Y precisamente el fascismo se presenta con la seductora apariencia del heroísmo. Pero ¿es heroico marchar en filas y romper los cristales en las tiendas de los judíos? Hay que decirlo y repetirlo: pensar revolucionariamente es pensar aristocráticamente, porque es pensar lo mejor. En cambio, pensar y sentir **fascísticamente**, como dicen en Italia, es pensar y sentir como la chusma.

La chusma no existe en cuanto clase constituída. Mas la menor circunstancia puede suscitarla. Está dispersa, como el polvo, del cual el viento puede hacer una tolvanera. Ella es la que está virtualmente dispuesta al fascismo, y es a ella a quien el intelectual, cansado de su esfuerzo, hastiado de su dura y magnífica condición, llama con sus anhelos para descansar cerca de ella, de su fatiga. La chusma es esa mezcla de socios del Jockey Club y de pequeños panaderos que, bajo el reinado fascista de Napoleón III, silbaba a Wagner y aplaudía la guerra del 70. La misma coalición de clases poseedoras y de pequeña burguesía explotada, pero halagada por cualquier ideología exaltadora, puede reconstituirse en las mismas condiciones y para los mismos fines; es decir, para combatir la cultura humana, que rebasa las fronteras, y para hacer la guerra.

Cuando Barrés, de vuelta de su actitud orgullosa, decía, durante el **affaire** Boulanger: "Hay que pensar como el pueblo", quería decir: "como la chusma". Y experimentaba el voluptuoso deseo de defenderse en la chusma, en el seno del grupito limitado que ciertas potencias sociales tienen tanto interés en conservar y fanatizar. De ahí esos métodos religiosos que emplea el fascismo, y que repiten los del Islam: la chusma se estremece de alegría al pensar que ya no se moverá, que no se transformará, que permanecerá en el estado en que se encuentra, estado que un filósofo ha definido como el de las "sociedades cerradas", en oposición a las sociedades abiertas, y que es el estado para siempre definitivo de los termes u hormigas blancas. Y cada uno de los individuos que componen el grupo así fijado olvida sus necesidades reales, sus intereses inmediatos, porque recibe a cambio de ello abundante alimento intelectual: se le dan fiestas y desfiles, su envidia puede ejercitarse sobre los libros, su inferioridad puede elevarse hasta la imagen sacrosanta del jefe, en la que cree encontrarse.

La inclinación a la muerte sacrosanta es una de las tendencias fundamentales en el hombre. ¿Cómo no había de aspirar también el intelectual a la embriaguez de la regresión, de la fijación, de la inmovilidad? Pero entonces es preciso que sepa claramente qué partido ha escogido. Nacido para el pensamiento más elevado y la acción más grande, ha aceptado menguar y encogerse: es menester que lo confiese así. Debía ser el compañero y la conciencia de las masas que despiertan a la vida y reclaman, no ya su parte del mundo, sino el mundo entero. Porque sólo ellas podrán transformarlo. Las ha abandonado en el camino y ha rechazado el mundo. Ya no le queda sino actuar conforme al orden. Es un sonámbulo complaciente al servicio de fantasmas.

Pavlov, el sabio soviético

Por el Dr. JOSEPH NEEDHAM,
de la Universidad de Cambridge.

= *Envío de Guiomar.*—**Traducción de *X*. Costa Rica. Mayo de 1936.** =

El jueves 27 de febrero, el mundo de los científicos supo con tristeza la muerte del profesor Ivan Petrovitch Pavlov, a la edad de 86 años. Pierde así la Unión Soviética a su más grande sabio y el mundo a uno de los pocos científicos valiosos de nuestro tiempo, cuyo nombre dará realce a nuestra generación en el espíritu de las generaciones venideras. Junto con pensadores como Einstein, Freud, Freizer y Roux, Pavlov ha dejado un mundo fundamentalmente cambiado por su pensamiento y su trabajo.

Sabemos que Pavlov fué primero inclinado al sacerdocio por su padre, pero que después de un año de estudio en esa dirección, se dió cuenta de que sus inclinaciones lo llevaban a la ciencia. De esta manera comenzó a estudiar Biología. ¡Cuánto se habría perdido si este cambio no se hubiera realizado!

Por ahí de 1870, en tiempos de la guerra franco-prusiana y de la Comuna de París, publicó su tesis de doctorado que versó sobre la fisiología del mejillón común de agua dulce. No había llegado todavía a encontrar el trabajo de su vida, pero pronto empezó a investigar el proceso de la digestión en los animales superiores y en una larga serie de experimentos, echó las bases de mucho de lo que hoy sabemos acerca de las complicadas secreciones y fermentos que convierten lo que comemos en alimento indispensable para el cuerpo.

Es difícil imaginar ahora el estado de ignorancia que existía antes del trabajo de Pavlov. En toda esta clase de trabajo, eran necesarios tanto los más brillantes métodos quirúrgicos como la técnica más ordinaria.

Antes de Pavlov, cuando la muerte de Napoleón, un guía franco-canadiense, Alexis St. Martin, recibió accidentalmente un tiro de rifle y la herida sanó dejando una abertura entre su estómago y el exterior, de tal manera que el joven médico William Beaumont pudo estudiar el proceso de la digestión que se considera hoy como uno de los hechos más famosos en Biología. Pero lo que Beaumont pudo hacer por casualidad, Pavlov lo obtuvo por sus maravillosos y hábiles operaciones en los animales que, aunque les causaban pequeñas molestias, le permitían penetrar en la oscuridad de sus funciones.

Hacia 1909 comenzó a entrar en el campo del sistema nervioso porque era claro que la digestión está sujeta al control nervioso, hasta cierto punto. Esto le dió pie para analizar el sistema nervioso. Sabemos que muchas acciones son llevadas a cabo de un modo automático, es decir, el mensaje enviado a la médula espinal por los órganos de los sentidos, provoca una orden hacia los órganos motores independientemente del cerebro o de la conciencia. El reflejo de la rodilla es un ejemplo. Pero puede haber reflejos muy complicados y que dependen de la historia previa del animal, esto es, de la educación.

Por lo tanto, el gran descubrimiento de Pavlov fué que, estudiando las reacciones de un animal asociadas con el acto de comer, podemos estudiar los resultados de la educación y el poder de discriminación.

El alimento colocado en la boca origina la secreción de la saliva, es decir, que al animal se le hace la boca agua. Esto es un reflejo incondicionado. Supóngase que cada vez que se da el alimento, se produce un sonido particular; después de algún tiempo, se verá que la aparición sola del sonido, se-

La ascensión

= *Envío del autor.—Costa Rica, junio de 1936.* =

La noche llega a mí con paso lerdo,
marchan las sombras en desfile mudo,
y para huir de mi presente rudo
por caminos románticos me pierdo.

Horas extintas de placer. Me acuerdo
de lo que iba a ser y que no pudo:
se repite tu imagen a menudo
en el libro de estampas del recuerdo.

Mi pecho se satura de añoranza
como de melodía una romanza;
cállase el corazón, que, fué tu asilo,

los ojos cierro por seguirte viendo,
y bien ceñido a mi dolor asciendo
como una araña por su propio hilo.

Julián Marchena



Madera de *Max Jiménez*

rá suficiente para que al animal se le haga la boca agua. Así se ha formado un reflejo condicionado. Cualquier sentido, ya sea la vista o el olfato, puede suplir el estímulo para un reflejo condicionado.

De este modo, ha sido posible medir hasta qué punto un perro puede manifestar la diferencia entre notas de distinto tono, más agudas o más graves, o cuánto tiempo necesita un animal para olvidar o alterar un reflejo que ha sido establecido. Y aun ha sido posible hacer que los animales tengan ataques nerviosos y curarlos luego. En otras palabras, disponemos ahora de un medio poderoso para analizar la naturaleza de esta caja de hábitos, tremendamente complicada, que es el sistema nervioso de los mamíferos.

No hay que insistir en la trascendencia que esto tiene para el futuro de la humanidad, pero entre las muchas conclusiones importantes que derivan de ello, mencionaré solamente una:

Uno de los argumentos más comunes que oímos de aquellos que oponen la transición de una forma adquisitiva de sociedad a una forma cooperativa, es que la naturaleza humana nunca puede cambiar. Y así es inútil esperar ningún mejoramiento. Muy al contrario de esto, el sistema nervioso está aprendiendo todo el tiempo y lejos de ser encadenado por una especie de "pecado original", es plástico y muy capaz de reaccionar bajo la influencia de un buen ambiente que no sea este de rapiña y propiedad privada en que vivimos.

Ivan Petrovitch, como lo llamaban los sabios rusos, fué discípulo del gran alemán Karl Ludwig en cuyo laboratorio de Leipzig estudió al lado de nuestros Lauder-Brunton y Gaskell. Sus propios discípulos fueron casi como las arenas del mar, tan amplia fué su influencia. Quizá uno de los más grandes fué Nenski que se especializó en Bioquímica y cuyo nombre lo lleva ahora el famoso Instituto de Polonia.

Ahí están Wedensky y Babinsky, dos famosos neurólogos; London y Babkin, bien conocidos como investigadores de la digestión; y ahí está Orbeli que ahora ocupa la cátedra de Fisiología que tuvo Pavlov en la renombrada Academia Médico - Militar de Leningrado.

De las generaciones más jóvenes, están Anrep que fué profesor asistente en Cambridge antes de ser director de la Escuela de Fisiología de la Universidad de Egipto, en el Cairo.

Antes de 1917, Ivan Petrovitch había sido un socialista tibio, pero la desorganización y dificultades del tiempo de la Revolución de octubre, lo hicieron volverse contra el partido bolchevique.

Sin embargo, aquelos que eran responsables de la ciencia y de la medicina rusas, no desmayaron en su afán de ayudarlo por todos los medios disponibles, de tal manera que, paso a paso en el camino de la prosperidad socialista, Pavlov fué siendo más y más provisto de todo lo que necesitaba. Además, llegó a darse cuenta de que los bolcheviques realmente querían lo que había predicado acerca de la más eficaz diseminación de la ciencia médica y biológica, de la higiene y cuidado de los niños. Así, en los diez últimos años de su vida, fué una poderosa columna de los planes del Partido Comunista y participó en grande en la organización de la biología soviética.

La apreciación de su trabajo ha sido universal. En 1904 recibió el Premio Nobel de Biología, cuando este premio comenzaba a darse. Ya en 1908, la Sociedad Inglesa de Fisiología lo eligió Miembro Honorario y honores semejantes le fueron concedidos por científicos de todos los países civilizados.

En el Congreso Internacional de Fisiología, celebrado en Edinburgo en 1923, fué recibido con una gran ovación, como yo bien lo recuerdo. Pero eso no fué nada comparado con el aplauso estruendoso con que acogieron a la más venerable figura de cabeza y barbas blancas, en el Congreso Internacional (1935), cuando saludó a los delegados a la U.R.S.S. desde la tribuna del gran salón del palacio Uritsky, aquel mismo salón que 18 años antes había visto el primer Congreso de toda la Unión de los Soviets.

Pavlov y Lenin serán recordados a través de la historia, como uno de los maravillosos dones que Rusia ha ofrecido al siglo xx. Figuras portentosas que señalan el camino hacia el nuevo mundo, la llegada del cual nadie podrá impedir.

Luis Llorens Torres,

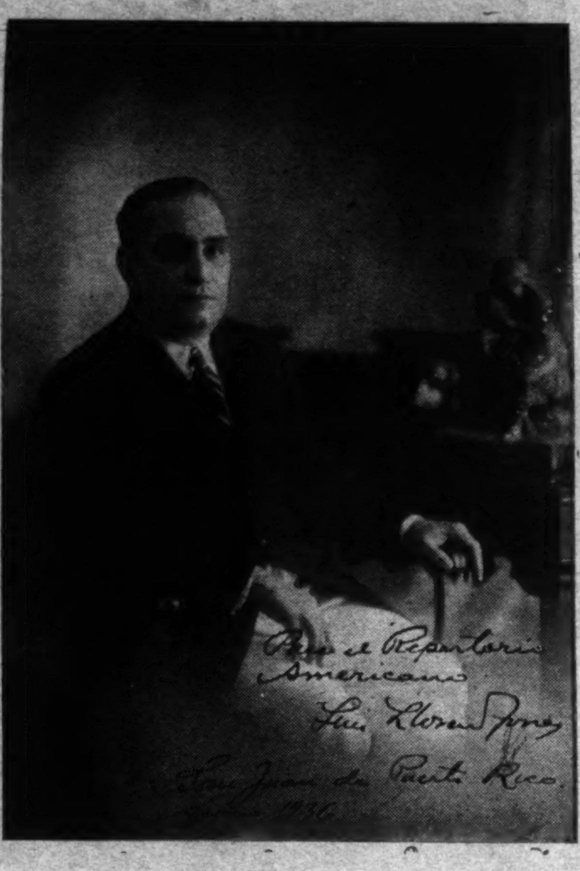
Poeta de las Tierras Antillanas

Por PEDRO JUAN LABARTHE

= *Envío del autor.* Río Piedras, Puerto Rico =

El nombre de Llorens Torres es tan conocido en la isla de Puerto Rico como los nombres de Muñoz Rivera, de Diego u otro prócer, cuyas fotografías se encuentran colgando de los setos de yagua en los bohíos de los más apartados rincones isleños como cuelgan las estampas de santos. Chevremont, Palés Matos, la Cadilla y la Vizcarrondo serán conocidos en el mundo culterano literario, pero Llorens hasta en el Yunque. Llorens por antonomasia es Puerto Rico, es Antilla, con su flora y fauna, su obra es pebetero de todos los aromas, su obra es cesta de todos los frutos, su obra es pasto pasto, su obra es campo campo y toda su obra está condimentada con esa especie que mina desde nuestros bohíos, desde el batey hasta el Casino, esa pimienta sexual. Es el poeta de la tierra tierra, con toda su enjundia. El le canta al gallo y a la gallina, al burro y al caballito, a la vaca y al buey, a los ríos, a los pastos, a la guanábana y al corazón, al caimito, al mamey, al anón y al gandul, y toda esta naturaleza, con su cielo borinqueño, con su luna tropical, con sus estrellas, es paraíso que se rinde y se abre como cornucopia feraz a la mujer portorriqueña, a la jíbara. Digamos que es una poesía sensual de mil sentidos.

Cuando hace poco subía al Asomante y al Yunque, cuando me interné por esas selvas vírgenes nuestras, parecióme que cada árbol, que cada palma sierra, que las lianas, que los tabonucos, el guayacán, y el yagrumo, que los ríos y los saltos, que las cataratas, que la tierra tierra acompañada de las reinitas, los coquís y ruiseñores, cantaban Llorens, Llorens. Ha sido a través de esa poesía llorenstorriana que yo he venido a apreciar mi isla. Sus poesías fueron las llaves para entrar en sus bellezas. Llorens ha sido la varita mágica, despertadora de los sueños sin sueños en que vivía. Admiraba yo la bougainvillal, pero nunca la quise y acaricié hasta que no leí las poesías de Llorens. ¡Oh divina bendición de estar siempre en espíritu verde de eterna contemplación, de eterna frescura, de eterna admiración a las bellezas nuestras! Llorens ve el mismo pasto, el mismo caney, el mismo Yunque, la misma playa de Vega Baja, el mismo Coilores, el mismo jíbaro y la misma hembra y les canta en diferentes modos. Llorens es raudal de poesía perenne. Por sus poros le salen las estrofas. Sus casos en las Cortes los gana con la poesía, (es jurisconsulto). Va a un mitin público, a donde lo lleva un político y termina el discurso con una poesía allí concebida y el político se gana las masas



y Llorens los corazones. El habla la lengua de las montañas, le sirve la poesía a los campesinos en hojas de plátano, o en caracoles de hojas de uvas playeras, por eso el campesino le idolatra, porque es el dios de la poesía que le habla en su lengua.

Y a propósito. Acaba de salir su último libro "Voces de la Campana Mayor". Sale con él, el prologuista García Ducós, a vender las copias (porque en Puerto Rico hay que hacerlo así, desgraciadamente). Se acerca García a un vendedor de frutas. Le ofrece una copia. El pobre vendedor, jíbaro, al oír el nombre de Llorens Torres como el escritor de aquel libro, saca de su mochilita el dólar y dice: "Basta que sea del poeta, para comprarlo. El es el poeta de mis montañas, de mis llanos, de mi bohío". Llorens se enterneció y le suplicó lo leyera con cariño a lo que contestó el jíbaro: "Leerlo no, porque no sé, pero lo guardaré".

Allá por el 1897, aún un imberbe estudiante de Derecho en Granada, hizo investigaciones en los Archivos de Indias. Escribió una magnífica obra titulada "América". Estudió a las Antillas histórica, racial y socialmente. Esto le dió una preparación sólida. Lo alimentó culturalmente y con la inspiración propia, con su savia de poeta genuino compuso su "Canción de las Antillas", un documento poético nunca superado ni igualado. Al leerlo Chocano y Rubén Darío aclamaron a Llorens como uno de los poetas más grandes de las Américas.

Su lenguaje es rico, brillante, expresivo, picante. Estudiante malogrado que fué de lo indígena, salpica sus versos con palabras autóctonas. Maneja el idioma a las mil maravillas y hace con su cálida pasta, bellas imágenes, únicas, metáforas felices calientes de sol y tierra antillana. Así es toda su obra, una monumental estatua desnuda con líneas y senos y muslos y caderas. No tiene ropajes, ni transparentes túnicas, ni sandalias. Su musa es nudista, es la naturaleza. No podemos pensar en Llorens cuando leemos su "Zapatito azul", ni nunca se nos presenta versallesco, y watteauniano. No cabe duda que como es poeta podrá escribir sobre princesas y fuentes y lotos japoneses, pero corriendo por todos los jardines de los palacios, terminará en un batey borinqueño y al lado de una jíbara.

Cuando la época de influencia baudelariana, verleniana y rubendarina, se mantuvo nuestro poeta americano y no ha cambiado. En metros nuevos como en los clásicos sigue cantando a su tierra tierra y él ha hecho un Olimpo de su Antilla, él siendo un Pan, protector fiel de nuestra tierra tierra, y Fauno. Es Pan y Fauno al mismo tiempo y en Luquillo por las selvas y junto a los arroyuelos, creía encontrarme a Llorens sobre una roca con su caña de flauta o dando cabriolas detrás de nuestras hembras, seduciéndolas con la poesía.

Llorens hombre no presenta rasgos de poeta, sólo en sus ojos, que tienen cierta ternura. Da la impresión, detrás de su escritorio de abogado, de un "business man" de Wall Street. ¡Pero qué bohemio, manirroto es! Su corazón está en constante fiesta y verbena. Se da a los amigos y los amigos creen en él por las pruebas que ha dado de sinceridad.

Gracias a las iniciativas de don Juan García Ducós ha salido el libro "Voces de la Campana Mayor", recopilación de una grandísima variedad de poemas de diferentes tonos, pero en la que en verdad no está el Llorens completo. Con ansia esperamos su "Campana tropical", en donde se encontrarán los versos de tierra y mar borinqueños y su "Canción de las Antillas". Sin embargo, se debe conocer esta obra "Voces de Campana Mayor", para juzgarle como poeta calidoscopio.

América latina estará incompleta si no conoce a Luis Llorens Torres, porque él es grande entre los grandes y no nos pueden separar, a nosotros los antillanos, y más específico, a los portorriqueños, de la literatura hispanoamericana, cuando contamos con una gloria como Llorens Torres.

Versos amorosos

de LUIS LLORENS TORRES

= Sacados del libro *Voces de la Campana Mayor*. San Juan de Puerto Rico. Otoño de 1935. =

Salmos

No lo fugaz lloremos del veleidable amor,
que así en la vida es todo, breve como una
flor.

El corazón es ave que sabe de anidar.
Y sabe amar su nido. Y lo sabe olvidar.

Olvidar es romper los lazos del ayer
y pegar un gran salto y en lo ignoto caer.

Olvidar es salirse del vaso, y preferir,
a lo cierto gozado, lo incierto por venir.

Que es dicha, en una rama, del vuelo reposar,
y después del reposo, de la rama volar.

Vivir es adorar, con más ansia y más fe,
al ave que vendrá, que al ave que se fué.

¡Qué feliz es la roca de la orilla del mar,
que la ola que la besa no la vuelve a besar!

El más fino deleite que nos brinda el placer
es el beso que nace y el que muere al nacer.

Lo mismo que en los astros, la sabia evolución
rige en los sentimientos hondos del corazón.

¿Por qué ha de estar la abeja condenada al
clavel,
cuando todos los cálices están llenos de miel?

No más la hosca tortura del invariable elixir
que cierra los caminos del loco ir y venir.

Seamos cual la ola voluble de la mar,
que a la roca que moja no la vuelve a mojar.

La hora del corazón

Ella.—¡Ay, qué tarde llegó el amado mío!...
¡Tanto que lo aguardé!
Todas las noches perfumado el lecho.
Siempre la cena tibia en el mantel.

Cada vez que un errado caminante
llamó a la puerta, siempre le ofrendé
mi tálamo, mis linos, mis aromas...
Y al alba, siempre repetí: No es él!...

¡Ay, qué tarde llegó el amado mío!...
Cuando ya está la brasa sin ardor...
Y no hay vino ni cena en los manteles...
Y, de todo, no quedo más que yo!

El.—¡Oh, qué bella la hora en que a ti llego!
Hora santa, en que sólo quedas tú.
Hora del corazón limpio de todas
las ansias de la loca juventud.

Cada vez que un errado caminante,
llamó a tu puerta, nada se llevó...
Tu tálamo, tus linos, tus aromas,
fueron fugaces pompas de jabón.

¡Oh, qué bella, la hora en que a ti llego!
Cuando ya está tu brasa sin ardor.
Y no hay vino ni cena en tus manteles,
y sólo puedes darme el corazón.

Treno de mar

Una novia en la playa...
Una vela en el mar...

Los péndulos de hojas,
que cuelgan del cocal,
tararean, ean, ean,
la oración del Jamás.
Las gaviotas se cimbran
en el vuelo fugaz
con que las lleva al nido
la luz crepuscular.
Rojas brasas las rocas
queman la flor de sal;
que polvoreó sobre ellas
la salobre humedad.
Errante nube tiende
su pañolón de holán
con que Dios en el cielo
limpia el azul cristal.
No hay espuma en la lenta
onda que viene y va.
Ni la brisa sahuma
la desmayada paz.

Lloran, bajo la tarde,
su triste soledad,
una novia en la playa
y una vela en el mar.

A la Villalobos

A la Villalobos, los lobos:—es ella
la hembra más bella, aun más que la loba.
A la Villalobos, el toro:—ella tiene
ojos de novilla, de luz dulce y honda,
ojos de novilla, como no los tiene
la novilla blanca, ni ninguna otra.
A la Villalobos, un negro, al mirarla:
—¿quién esa blanquita, pecho de paloma,
y prieto el cabello que en rizos le hierve
igual que a las llamas el café en la olla?
A la Villalobos, voces de estudiantes:
¿qué de matemáticas, ni qué de retórica,
si nos ha turbado todas las ideas
y perdido habemos hasta la memoria?
A la Villalobos, vencidas rivales:
—¿qué se unta en los ojos esa sangrigorda?
A la Villalobos, el cielo:—mis astros
la cara le besan y de oro la mojan.
A la Villalobos, la trillada tierra:
—yo, humilde, tan sólo le beso las botas.
A la Villalobos, el mar: las estrellas
le besan la cara, yo la beso toda.
A la Villalobos, yo:—denme besarla
cual bésanla el cielo, la tierra y las olas.

Doña Panchita

A doña Panchita el sol
la hizo de carne trigueña.
El sol la hizo buena moza.
El sol la hizo buena hembra.
Le puso negro el cabello;
negras las pupilas negras;
le puso dulces los labios;
le puso dulce la lengua.

Dicen que dicen que doña Panchita
novia es del sol tropical que la besa.
Dicen que dicen que doña Panchita
siente que hierve la sangre en sus venas.
Dicen que dicen que doña Panchita
ha de pecar bajo el sol que la quema.
Dicen que dicen que si ella pecara
culpa sería del sol de su tierra.

Las flores perfuman.
Los pájaros vuelan.
Y doña Panchita
es hija de Eva.

La Cuesta del Asomante

Deja, jibarita blanca,
deja que el jíbaro cante
y que a medianoche suba
la Cuesta del Asomante.
Deja que el jíbaro cante,
que le cante a otro querer,
y que subiendo la cuesta,
lo coja el amanecer.

Pa ca tas, pa ca tas, pa ca tas,
pa ca tas, pa ca tas, pa ca tas...

Arriba caballo, mi caballo blanco,
arriba, caballo, mi caballo prieto;
mi caballo blanco,
mi caballo prieto;
que arriba está el pasto, la verde sabana,
y arriba está el agua, el blanco arroyuelo;
la verde sabana,
el blanco arroyuelo.

Deja que el jíbaro cante
y que a medianoche suba
la Cuesta del Asomante.

Pa ca tas, pa ca tas, pa ca tas,
pa ca tas, pa ca tas, pa ca tas...

Y al fin mi caballo blanco,
y al fin mi caballo prieto,
la Cuesta del Asomante
al galope van subiendo,
—pa ca tas, pa ca tas, pa ca tas—
mis caballos de la noche,
—pa ca tas, pa ca tas, pa ca tas—
mis caballos estrelleros
que agua y pasto de Dios tienen
—las flores de los senderos
y las aguas de los ríos
en que se caen los luceros—
y así se comen las flores
y se beben los luceros.

Deja, mi jíbara blanca,
que le cante a otro querer,
y que subiendo la cuesta,
—pa ca tas, pa ca tas, pa ca tas—
me coja el amanecer.

Saltos de Comerío

Soñé con Eulalia.
Un sueño de sueños de oro de oros
y plata de platas.
Un sueño de cosas, que hombres y mujeres
saben que son buenas,
y hombres y mujeres dicen que son malas.
El sueño de cálida abeja que sueña con cá-
lida rosa.
De cálido gato que sueña con cálida gata.

Eulalia es flor fresa
de la rancia rama
de Ortices hidalgos que en el Comerío
vistieron y aun visten de levita y barba.

Y feudos de Eulalia, Comerío tiene
tres cosas que saltan,
tres saltos
que rinden tributo de piedras preciosas a
Eulalia:
en río sonoro,
el salto de agua
que en perlas se espuma;
en lomas de verde tabaco sembradas
el salto de la hoja
que salta en zafiros de azul humarada;
y en noches de ensueño,
la boca de Eulalia
que en saltos de besos se rompe en rubíes
que saltan al alma.

Eulalia es la planta de la comerieña región
tabaquera,
la autóctona planta
que en sueño de sueños
me dió todo el humo de su tripicapa

30 H. P.

Camino de tu casa, íbas andando a pie.
Y por la misma ruta, yo, en un 30 H. P.
Viéndote sola y bella, la máquina paré.
Y, ¿quiére que la lleve a usté?...

Fué en una curva del sendero de la vida...
En una noche de luceros florecida...

——

Arriendado el Pathfinder, dió un retroceso,
cual
si ante una infanta hiciese un gesto señorial.
Subiste. Y vió Don Auto su casaca imperial
con una flor en el ojal.

Ritmaban los cilindros en monótono son
la sístole y la diástole de tu corazón.

——

Y parecía que el auto jadeaba en su carrera
y que de su garganta salía la carretera
cual de un monstruo corriendo con la lengua
por fuera.
Así subió por la ladera.

Y en la montaña arriba, al escalar el pico,
se agarró dél con todos los belfos de su hocico.

——

Ya en la recta planicie de la cima del monte,
el camino era espada que desde el horizonte,
veloz se nos entraba por el vientre de bronce
Así volaba el auto entonces.

Y el puño de la espada se encendía en el
azur,
en los clavos lumínicos de la Cruz del Sur.

——

Pronto, hacia abajo, hacia la hondura del
boscaje.
La vía, como una cola, se enroscaba al paisaje.
Y el auto, como un mono, mecía su pelaje
en la oquedad del arbolaje.

Los ojos del piteco los árboles bruñían,
mientras Cástor y Polux arriba sonreían.

——

Después, sabiendo acaso que no te conocía,
o pensando quizás que nunca te vería,
fué la miel de tu boca vino para la mía.
Oh, mi novia de un solo día.

Oh, pan el de tus labios. Oh, la tibia dulzura
de tu lengua llorosa como fruta madura.

——

Pronto, una luz. Y en ella, tras la bocina
grave,
—aquí mi huerto, adiós,—dijiste con voz
suave.
Tu casa en el cañal parecía una nave.
Y a ella tendiste vuelo de ave.

Fué en una curva del sendero de la vida...
en una noche de luceros florecida...

——

¿Quién sabe dónde tejen los hados su destino?...
—Adiós, adiós, que sea de oro y rosa tu sino—
Te dije. Y seguí viaje, rumiando en mi camino
aquel tu pan y aquel tu vino.

Cada estrella en el cielo era un grano de amor
del trigal que cultiva la mano del Señor.

Lejanías

Nido en la maleza de la noche,
la muda y dormida terraza.
Nada de olor a flores ni a humedad de la
grama
ni a resinas de troncos ni a salitre del mar;
sólo el aroma tuyo,
de tu pelo y tu carne y tu voz y tu andar,
fué la invisible ala
que atrevióse a volar.
En la huerta, palmas: besé el palmar.
Más allá, olas: besé el mar.
Besé la lejana nube.
Besé el lejano lucero.
Sólo a ti,
que estabas a mi lado,
no te alcanzaron mis besos
en tu fuga a la lejanía
de mi caballerosa cobardía.

La tarde

¡Qué novia está la tarde!...
La tarde es toda amor.
Su ala de plumas de oro
moja en la noche el sol.
Blanca nube remota
esfuma la emoción
del húmedo pañuelo
de algún lejano adiós.
Raudo volar de aves
raya el azul color.
Y abajo la laguna,
bosqueja un corazón.

¡Qué novia está la tarde!...
¿No la siente tu amor?
¿No la sientes que escarba
en tu carne de flor
y te muerde los labios
y se enrosca en tu olor?
En esta opaca hora
del desmayo del sol
¿no adviertes que mis aves
cambian de dirección
y en rumbo hacia ti vuelan
en lírica aviación?
Es la tarde que te ama.
Y la tarde soy yo.

Aquella noche

Aquella noche en que te apreté sobre mi corazón,
aquella noche en que mis ojos se llenaron
de ti,
no lo quisiste ver,
no lo quisiste sentir.
Fué en la quinta de don Andrés Balaguer.
Sonó la música del campo.
Los jíbaros trovaron sus coplas.
La comida se meció en el mantel.
Brindis, versos, sonrisas...
Y yo mira que mira
para acá y para allá y a todas partes
y a todas las mujeres,
menos a ti
que en aquel paraje de paz y de poesía
eras la única mujer
que como un gato me arañaba
y como un perro me mordía.
Uor salvarme de ti,
puse ante mí otra mujer.
Por salvarme de mí,
puse otro hombre ante ti.
No lo supiste ver.
No lo supiste sentir.
Fué en la quinta de don Andrés Balaguer.
Aquella noche tuve fuerzas
para huir y salvarme
de ser esclavo tuyo y en tus brasas arder.
Pero ahora, ciclón de ojos verdes,
¿por qué te he vuelto a ver?

Medias voces

... ...

AMANECER

Ya está el lucero del alba
encimita del palmar,
como horquilla de cristal
en el moño de una palma.
Hacia él vuela mi alma,
buscándote en el vacío.
Si también, de tu bohío,
lo estuvieras tú mirando,
ahora se estarían besando
tu pensamiento y el mío.

... ...

ESPERANZA

Era medianoche cuando adiós le dije a
Esperanza Flores,
montado en el potro sin bridas del viento.
Fué la misma noche,—borracha de rumbas—
que nos conocimos.
Y al darme la mano, Esperanza Flores me
dijo: Te quiero.
—¿A dónde, poeta,—suspiró—te marchas,
asido a las crines del viento?
—A dormirme en la nube más nube
de lo más arriba y de lo más lejos;
a soñar contigo, Esperanza Flores;
a soñar que tu amor no es un sueño.

... ...

VIDA CRIOLLA

Ay, qué lindo es mi bohío
y qué alegre mi palmar
y qué fresco el platanar
de la orillita del río.
Qué sabroso tener frío
y un buen cigarro encender.
Qué dicha no conocer
de letras ni astronomía.
Y qué buena hembra la mía
cuando se deja querer.

Por decoro y previsión, las naciones de nuestra América no deben aprobar en Ginebra la rapiña fascista en Etiopía

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración. Costa Rica y junio del 36 =

A Etiopía no le darán su solidaridad los gobiernos de América. Es geografía de otro continente y la cordura aconseja a los estadistas no extender vigilancia y protesta más allá del suelo propio. Para nuestros estadistas la buena política en presencia de la pillería del fascismo italiano anexándose a Etiopía es agachar la cabeza y aceptar los hechos consumados.

Por eso sorprende a quien no fía en estadistas el paso adelante del Gobierno de Colombia. Si procede honradamente está trabajando en firme por la seguridad conjunta de estos pueblos. Un cable fechado hoy en Bogotá dice: "El Ministro de Relaciones Exteriores se refirió hoy a la indicación hecha por Colombia el 12 de mayo a las naciones americanas para que presentaran un frente unido en la asamblea de la Liga de Naciones con el objeto de llegar a una acción uniforme y condenar la conquista de Etiopía hecha por Italia. Ahora, de acuerdo con el Artículo 11 del pacto Saavedra-Lamas, Colombia invita nuevamente a las naciones americanas para que conjuntamente y de manera uniforme se pronuncien sobre la notificación que les ha hecho Italia, reafirmando la doctrina americana que desconoce la anexión de Etiopía".



Centauros en el Hipódromo

Madera de *Laporte*

El buen principio es desconocer la anexión de Etiopía. Es obra del fascismo y Mussolini se ha revelado como el más grande malhechor de nuestros tiempos. Organizó esa conquista vergonzosa sobre suelo africano y quiere ahora legalizarla. Pero nuestros pueblos no pueden legalizar tal piratería. En Colombia se habla de reafirmar la doctrina americana de desconocimiento de la conquista del pueblo y del suelo etíope. Nada más previsor. Las milicias fascistas destrozaron porque son superiores en potencia mortífera. Lanzadas contra pueblos casi indefensos y primitivos pudieron levantar en hombros una victoria con la cual quieren inducir a nuestros gobiernos a que se postren ante la altanería del nuevo Imperio. Es decir, trata el fascismo italiano de volvernos sumisos a las conquistas imperialistas. Y América que está defendiéndose del enorme Imperio yanqui, que tiene que defenderse de todo los imperios de Europa y de Asia, no puede nunca convertirse en alcahueta de la pillería que llaman pomposamente anexión de Etiopía. Con Etiopía se ha cometido un crimen. ¿Quién no sabe cómo ha sido esa guerra? Mussolini usó todos los medios de destrucción contra poblaciones desarmadas. No respetó a nadie. Su objetivo era la victoria y esa victoria le llegó.

¿Qué era para el fascismo Etiopía destruída inhumanamente? El rincón geográfico africano incivilizado. El rincón geográfico poblado de negros que todavía viven desnudos y son caníbales. El rincón geográfico insalubre en donde las pestes salen a destruír al hombre civilizado. Etiopía es la colonia y Mussolini necesitaba esa colonia. Para robársela inventó la incivilización de Etiopía. Ahora colmada su rapacidad pide a la América que salude al nuevo emperador y jure reconocimiento al poder detestable que realizó la inmensa pillería de anexionarse a Etiopía. Pero si América vive la tradición de decoro que sus próceres le dejaron al independizarla, tiene que repudiar las pretensiones de la demencia fascista. Fatal sería para estos pueblos si pasaran indiferentes por ese crimen que la astucia fascista les presenta disfrazado de victoria. Contra la anexión de Etiopía, debemos decir virilmente. De Italia están haciendo otro imperio y la rapiña es lo único que mueve a sus moldeadores. Negarle solidaridad a Etiopía destrozada por el imperialismo es justificar el silencio que cubriría los actos de conquista llevados a cabo sobre pueblos de América por cualquiera de los imperialismos que los acechan. En un futuro no sabemos si muy próximo puede ocurrírsele al imperialismo inglés, por ejemplo, que la región amazónica del Brasil y del Chaco son en América puntos geográficos llenos de indios incivilizados y entonces lanzando grandes ejércitos provistos de todos los medios de destrucción modernos, arrebata esas regiones y se la anexiona. No hay que suponer eso irrealizable. Los imperialismos no tienen límites. Puede también el imperialismo yanqui necesitar para sus bases militares territorio de pueblos de América. Y siguiendo el ejemplo del fascismo italiano lanzará sus milicias a anexionarlo.

Como antecedente es funestísima la pillería fascista cometida con Etiopía. Por eso piensan con previsión los estadistas de Colombia que procuran hacer entender a los gobiernos de América que deben constituirse en una fuerza conjunta que denuncie la anexión de Etiopía como acto de inhumanidad y de injusticia. Por este aspecto es digna de atención cuidadosa la proposición de Colombia. La América puede ser en determinado momento Africa. Paso a paso han seguido los imperialismos la conquista brutal de un pedazo de suelo africano. En realidad el fascismo italiano ha dado la más grande lección de piratería a los imperialismos. De ella se han de aprovechar. Y cuando América sea Africa para las necesidades de cualquiera de los imperialismos entonces la lección se aplicará a América.

Comprendemos que si es sincera la actitud colombiana morirá en la más desgraciada indiferencia. Es posible que sus mismos sostenedores de hoy al darse cuenta de la grandeza de la proposición que da golpe de muerte a las conquistas imperialistas, se asusten y la abandonen cantando disculpas a diestra y siniestra. Pero debemos estar con la proposición anti-imperialista y afirmar que es la proposición de América. Ya tiene Colombia la negativa de algunos gobiernos entre los cuales está el nuestro, el de Costa Rica, el de esta nación elogiada tanto que sus estadistas han llegado a creer en la verdad de los elogios. Aquí juzgan que el mal hecho a Etiopía no es mal que nos deba desvelar. Juzgan que la mejor política es la de no meterse a decir si han hecho bien o mal los fascistas con anexionarse a Etiopía. Juzgan aquí que los fascistas pueden realizar su conquista sin que Costa Rica tenga la obligación de alarmarse con justicia. Juzgan que esa indiferencia es tradición y se apegan a la tradición. Pero en todo esto no hay sino engreimiento y ceguera. La proposición de Colombia no pueden entenderla unos hombres que han vivido dando al imperialismo yanqui todo lo que ese imperialismo por medio de sus organizaciones rapaces ha necesitado y sigue necesitando para hacer de Costa Rica la factoría que el fascismo italiano pretende hacer de Etiopía. Es fácil para estadistas acostumbrados a dar siempre el sí a las exigencias del imperialismo yanqui, explicarse, que el fascismo italiano esté en la más civilizadora de las obras destruyendo al pueblo etíope.

Mas no es la conducta de los estadistas de Costa Rica la que está obligada a seguir

esta América expuesta a los mismos ultrajes a que ha sido sometida Etiopía. No podemos aislarnos. Debemos trabajar por la seguridad conjunta de estos pueblos. Así lo concibieron los que batallaron por darnos independencia cuando otro imperialismo sin tantos medios refinados de destrucción tenía a nuestros pueblos reducidos al cautiverio. Tenemos que hacer, en verdad, de la América nuestra la proposición de Colombia y luchar porque el fascismo italiano capitaneado por el ensimismado Mussolini no legalice la anexión de Etiopía. Estos pueblos deben conservar su tribuna en la Liga de las Naciones como medio de tener dónde acusar. Si por la inefectividad en que parece estar hoy la Liga para defender a Etiopía vamos a condenar la Liga y a perder la tribuna, estaremos haciendo el juego a los imperialismos que sólo necesitan ver en ese organismo un poder que sancione crímenes como el de Etiopía.

Y saquemos hoy una lección inmediata. ¿Por qué luchan tantos por sacar a Puerto Rico de las garras del imperialismo yanqui? Porque Puerto Rico es la víctima de un poder grande que en América se ha convertido en pirata. No necesitó el imperialismo yanqui caer sobre Puerto Rico con un ejército armado tan poderosamente como el que el fascismo italiano ha echado sobre Etiopía. Las cosas estaban arregladas de otra manera. Pero los mismos móviles que despertaron la rapiña fascista fueron los que indujeron a este otro imperialismo a caer vorazmente sobre Puerto Rico. La civilización es el pretexto de los imperialismos. El yanqui ha civilizado a Puerto Rico y por sostener la civilización sigue posesionado de esa nación. Más adelante la misma civilización hará a ese imperialismo apoderarse de otra región geográfica de América. De modo que si luchamos por obligar al yanqui a que devuelva su independencia irrestricta a Puerto Rico, es porque vemos en el cautiverio de este pueblo el más grande de los atropellos. Si permitiéramos que el fascismo italiano legalizara su anexión seríamos traidores al principio de decoro que queremos salvar enfrentándonos al yanqui para arrancarle a Puerto Rico. Posiblemente los gobiernos de América que el de Colombia quiere mover hoy en favor de Etiopía piensen que trabajar por el pueblo africano destrozado en nombre de una mentida civilización es trabajar en daño del Departamento de Estado imperialista. Y si lo piensan por esa intuición de los gobiernos que los hace sentir con mucha anticipación lo que ha de disgustar al imperialismo yanqui a quien están entregados, la proposición de Colombia quedará muerta aun en la misma Colombia. ¿Qué gobierno de por acá quiere reñir con el Departamento de Estado imperialista?

Sin embargo, el momento es grande para hacer sentir que los pueblos de América no están ni estarán nunca con la piratería fascista que destrozó al pueblo etíope. No estar con esa maldad es defendernos de posibles acciones de conquista similares. Es afirmar nuestro brazo a la lanza con que Puerto Rico está dando la batalla de su independencia irrestricta. Y si vamos a trabajar por Etiopía, trabajemos a la vez por Puerto Rico agregando a la proposición colombiana ésta de que el imperialismo yanqui deje en libertad a Puerto Rico por el mismo principio de repudio de las anexiones imperialistas. Si hay grito en favor de Etiopía hagamos que sea recio para que el fascismo italiano no vuelva conquista el acto de piratería realizado en suelo africano. Y para que señalando otro acto de piratería en América cubramos con ese grito la causa justísima y superior de Puerto Rico.

La estimación de afuera

Recogemos de *El Comercio* de Quito del 17 de enero pasado, las palabras animadoras del Sr. Luis F. Torres, Director de Educación en el Ecuador.
No hay cómo agradecérselas.

En estos momentos en que el sentimiento de indoamericanismo—que ha tenido, como los aspectos políticos y los económicos, sus etapas de crisis,—parece adquirir nuevo brío y un sentido de realidad más eficiente, como que de las palabras se ensaya trasladarse a la acción, incluso en los círculos oficiales, los más propicios para la garrulería convencional; en estos momentos en que el pensamiento de escritores auténticamente indoamericanistas, que escribieron y lucharon denodadamente por la causa, comienza a entrañar en la nueva generación, estimamos de justicia y de mérito estimulador, el refrescar en las mentes el recuerdo de un nombre, que ya es enseña, que ya es un símbolo altamente destacado en una de las más pequeñas—en el concepto físico —y más grandes—en el concepto cultural—, Repúblicas del Continente. Ya se ve que aludimos a Costa Rica.

Desde hace cosa de diez y seis años resuena, en efecto, para quienes tienen atentos los oídos a las inquietudes y delicadezas del espíritu, como para quienes gustan del trozo selectivo y del manjar intelectual ecléctico, el nombre de García Monge.

Pero, con ser el de García Monge nombre tan claro y resonante, que rompe la modestia no estudiada de su vida en que ha sabido ocultarse, no ha de pronunciarse solo, sino en una como conjugación perifrástica en que el nombre de su obra indica la calidad y la excelencia del talento de su autor. Y en todo momento resalta más la obra, porque el autor, ajeno a vanidades de figuración, se empeña en aparecer en el último plano mientras, minuto a minuto, está realizando una labor de un apostolado trascendental, desde las columnas —nítidas y rozagantes, como su contenido—, del **Repertorio Americano.**

No se puede menos de admirar, de aplaudir y de agradecer, por su trascendentalidad y por su continuidad, la acción profundamente hispanoamericana que viene realizando, por más de tres lustros, con una tenacidad a toda prueba, el señor García Monge. ¿No ha sido la suya, en este sentido, la mejor labor diplomática, exenta, desde luego, de todo amaneramiento, de toda pose y de toda fingida postura? ¿No será ésta, la intelectual, la del trabajo, la de la sencillez, junto con la razón y la verdad, la que está destinada a triunfar en el futuro? Por lo menos, ¿no debería ser ésta la diplomacia de nuestros pueblos, si se han de arrumbar moldes y protocolos tradicionalistas, estrechos e insinceros? En ese caso, García Monge, con su obra amplia y orientadora, sería —lo es ya— un precursor.

Tan indispensable e insustituible se ha hecho la presencia de García Monge frente a su tribuna continental, que su ausencia por pocos meses, en noble peregrinación por Europa, ha sido sentida y añorada, habiéndose traducido por la suspensión del **Repertorio.** Como que el sentido de orientación y la fe entrañable en una obra, no pueden ser reemplazados, en ningún orden de actividades, menos en las del espíritu, en forma convencional y acomodaticia.

Quisiéramos trazar una semblanza de este varón de las letras y captador exquisito de doctrinas sabias en que alientan las virtualidades de la raza. Acaso, en otra oportunidad, lo haremos con delectación y amor. Hoy baste recordar que en Costa Rica es figura venerable. Su cosecha personal literaria, si no abundante, es selecta. Sus pasos por la administración pública, pocos, pero firmes y provechosos. Educador y alentador de juventudes, fué Director de la Escuela Normal, de donde le sacó la incomprensión y la violencia características de la política de nuestros pueblos. Ocupo pasajeramente un ministerio y fueron puestas luego sus energías al servicio —uno de los más altos e importantísimos servicios—, de la Biblioteca Nacional, cuya dirección le fué confiada.

Al cabo de un viaje confortador por el Viejo Mundo, paseando su espíritu penetrante por las principales capitales europeas—París, Ginebra, Madrid—— hase puesto de nuevo, con su fe encendida y con su dinamicidad inquebrantable, frente al **Repertorio.** Hemos vuelto a saborear los frutos de su labor constructora, que García Monge, con su sencillez diáfana y pasmosa, traduce en estas palabras: —Atamos cabos de nuevo, reanudamos entusiasmos y esperanzas y proseguimos la tarea con la buena fe de siempre.

En esta hora de entusiasmos por la fraternidad de nuestros pueblos, acaso haya sido oportuno recordar a García Monge, forjador del **Repertorio Americano** que, al decir de Díez Canedo, quizás es el mejor texto para la comprensión cabal del mundo hispánico.

Luis F. Torres

Quito, enero de 1936.

España, en su casi totalidad, es hoy antimonárquica, pero todavía no ha empezado a ser republicana. Claro está que quien es antimonárquico no tiene más remedio que ser republicano, porque entre los innumerables atributos extrínsecos que la República posee está el de ser la Antimonarquía. Pero manera tal de ser negativamente republicano no sirve para nada. Así no se es nada. Se es anti. Por consiguiente: no se es, se anti-es.

Algo de esto acontece en España desde hace varias generaciones. Nuestro pueblo está lleno de actitudes meramente negativas, que es el modo más grave de hallarse históricamente vacío. Un pueblo así es el hueco de sí mismo. Y lo hueco no pesa. El viento del azar lo trae y lo lleva. Por eso es sumamente grave mantener a una colectividad anti-siendo. Si hoy es anti-lo-de-ayer, mañana puede, sin más, volverse anti-lo-de-hoy.

(De José Ortega y Gasset)

Venizelos

= De *Ahora*, Madrid, Marzo 31 de 1936. =

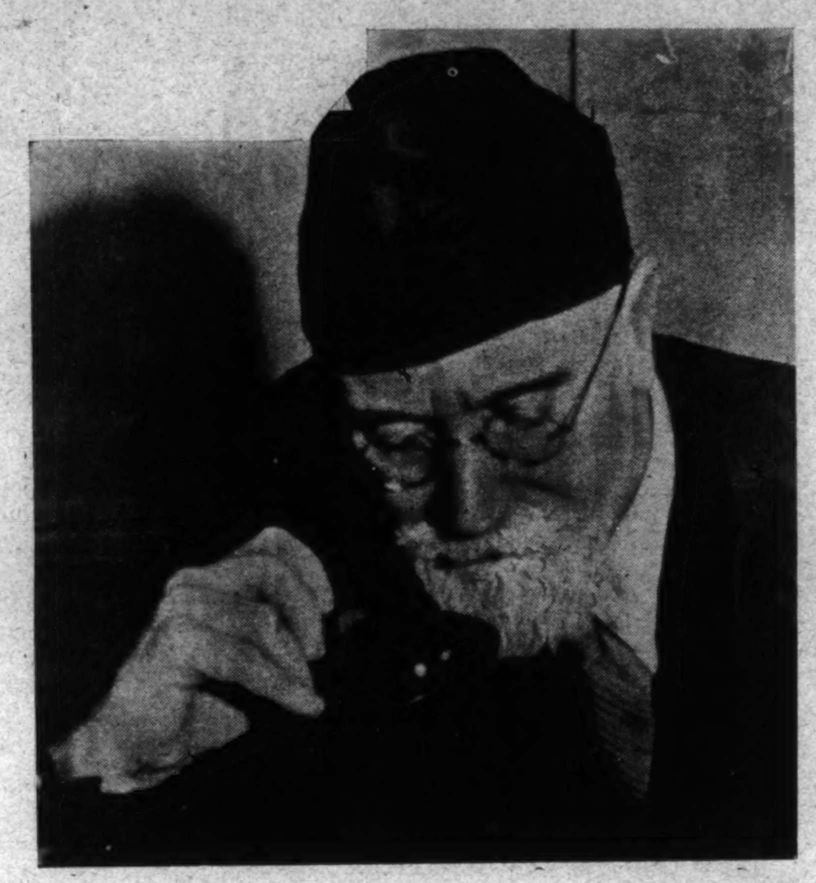
La "Tribuna Libre" (*Eléfceron Vima*), el órgano venizelista de Atenas, publicó el día 19 de éste, apenas muerto Venizelos, el siguiente elocuentísimo escrito de su redactor *Spiro Melas*, el gran cronista que tan bellas cosas ha escrito de España por donde viajó hace poco y que conoce y quiere tan bien. Y lo he traducido fielmente a la lengua de Castelar.

Miguel de Unamuno

He aquí lo que llorará Grecia

Silencio eterno le selló los labios con la consabida y enigmática sonrisa, la misma sonrisa que había vencido ejércitos, armadas y diplomacias en la historia. La sombra de la muerte apagó los dos festivos cielos helénicos, aquellos luminosos ojos que se le proyectaban fuera de los anteojos y hacían que su cara brillase llena de inteligencia... ¿Y ahora? ¿Se acercarán los hombrezuelos con las sospechosas frasecillas, las babas, las ponzoñas, y las disculpas procesales? ¿A hacer qué? La tumba que abrió el Hado con el impetuoso ritmo de las trágicas purificaciones, es tumba de héroe. ¿Qué buscarán junto a ella los que vivieron y viven con el sagrado temor a la personalidad y cuantos hacen de la lucha contra ésta su cotidiana tarea? ¿Arrojar acaso, en vez de tierra, el indescriptible polvo que levantaron en torno de él los rencores y las envidias de la inmensa comunidad de las medianías? Sobre esa tumba no puede dignamente alzarse en esta hora sino sólo la Grecia del pueblo, la Grecia de las masas, la Grecia anónima de las muchedumbres. Desgreñada, despechugada, destrozada, se sentará en tierra con sus harapos y se golpeará el pecho y su voz será inmenso plañido y convulsión y quejumbre desde las nevadas cumbres del Beles hasta las faldas de las Montañas Blancas.

Sólo la Grecia de la grande, de la anónima muchedumbre, la verdadera, la eterna y sola—aunque la desgarren cuanto quieran los partidos—, la que figura aquí abajo la forma ideal que adoró Venizelos y a que sirvió un tercio de siglo, sólo ella puede dignamente lamentarse hoy. Porque llorará la asombrosa fábula que vivió con él, cual otra Cenicienta con el hermoso Príncipe, en sueño encantador que al despertar se le disolvió más pronto que el del más leve engaño de primavera. Llorará Grecia sobre esa imprevista tumba su perdida e irrevocable juventud, la increíble juventud que le donó aquel maravilloso mago apenas llegó de su escarpada isla y le tocó con la yema de su dedo. Plañirá las inolvidables visiones de vigor, más fugitivas que las del aleteo del alción, cuando aquel gran faquir, animador, hipnotizador y conductor de las masas levantó a los bravos de todos los rincones del país a que llevasen nuestras águilas guerreras por los viejos gloriosos senderos de Alejandro el Grande y atasen sus caballos a las puertas mismas de la Imperial Ciudad. Con grave sollozo y con amargas lágrimas de arrepentimiento confesará ella, la Grecia del pueblo y de las muchedumbres, encima de la abierta tumba, su primera horrible traición, cuando acobardada, prendida de las predicaciones del apego a la vida y del pequeño helenismo, dejó de creer en él y se paró, desanimada, en medio del camino. Lamentará desde las honduras del corazón la Grecia esta al héroe inverosímil que la agarró entonces con robusta mano y con indomable voluntad la empujó de nuevo a las grandes luchas y a los grandes horizontes con aquella su epigramática palabra: "¡Si tú no crees en mí, yo, sin embargo, creo en ti y es lo mismo!"



Venizelos

Esta Grecia llorará la inimaginable grandeza que conoció cuando, escoltada por su héroe, se sentó, a igual honor, a las mesas de los reyes y los poderosos de la tierra, a que volviese, ilustre, a ser ella misma y, si preciso, a golpear con su puño. Le frotaron los ojos los que se los habían secado antes y hecho pasar por Europa el platillo de la mendiguez, según el mezquino imperialismo de los Theotokis y Rallis: "Dadnos algún pegujar con que nos agrandemos también nosotros un poquito y así nos perdonen nuestros muertos".

Con estremecimientos y sollozos dirá, golpeándose los pechos la segunda terrible traición, cuando a la grande obra de Sevres, le respondió: "Desdichado, abajo. ¡Fuera de Grecia!" Derramará lágrimas amargas por las ganancias asiáticas que se perdieron del todo, por la mutilación de la Tracia, por las tremendas hecatombes de la muchedumbre, por la desgracia que se desató en el país. Derramará lágrimas de arrepentimiento y de reconocimiento por el celo que mostró él, el desterrado, el perseguido, en correr a Lausana a atestiguar que se esforzaba en recoger los andrajos ensangrentados a que la demencia comunal redujo su obra. Llorará esta Grecia por todas las traiciones a lo suyo propio — y principalmente a lo más precioso de lo suyo—, por las balas de los asesinos, los odios, las injurias, las anatemas. Y llorará desde lo hondo del corazón, sobre todo, al hombre que en medio del vendaval de pasiones que suscitó su inconmensurable personalidad pudo mantenerse firme en su deber, "fiel frente a los infieles", pronto a servirlos a cada momento y a cada sacrificio. Su acerada voluntad, su asombrosa felicidad de adaptación, su sorprendente agudeza, su genio mismo político, todas sus raras y grandes excelencias, parecen cosa secundaria frente a la grandeza de su carácter, aquella grandeza que se extinguió para siempre y llora hoy Grecia. Y ve, con agonía, dibujarse en el horizonte la amenazadora invasión de la mediocridad y la poca fe.

Spiro Melas

Por la fiel traducción del romaico:
Miguel de Unamuno.

Pase adelante, San Cayetano

Por R. JIMENEZ ALPIZAR

= Envío del autor. San José, Costa Rica, junio de 1956. =

Todos los miércoles, muy de mañana, pasa San Cayetano por las viviendas de quienes lo necesitan. Inquiere sus penas y da su remedio.

No todas las casillas tienen salida a la calle. Una especie de pasaje con patio hoyado y sucio al centro las mantiene en común. Las puertas parecen asomarse a la luz y al aire como asfixiadas por la tuberculosis. Nada hay allí que convide a quedarse buscándole regocijo al alma. Sólo se encuentra pobreza, a veces ésta degenera en miseria.

¿Quién puede sentir gozo ante una covacha en donde se anidan el hambre, el frío y la desnudez?

Las viviendas suntuosas se han apartado también de esta barriada como se apartaron los hombres de vista y olfato delicados. Es la cuartería donde viven seres hasta cuya alma penetra el salpique de la inmundicia ambiente; es el refugio de los que aturden y hacen encolerizar con sus quejas y protestas contra la desigualdad.

Es justo recordar que estas casuchas tienen un hombre,—celoso guardián,— que las defiende y cuida de la trampa de los moradores.

Ah! las casuchas son cosas y las cosas que pertenecen al hombre despiertan en su alma el sentimiento egoísta y lo hacen luchar por conservar sus réditos y morir por defender su propiedad... Pero lo más importante, lo sensacional es que en ellas viven precisamente quienes en esta vida no tienen más que el estorbo de sus cuerpos y el martirio incesante del estómago.

Comer y vestir, sanar el cuerpo, conjurar la tuberculosis y aniquilar la anemia.

¿Y el espíritu? No lo tienen. No. El espíritu es un lujo o un patrimonio del satisfecho; y quien todo lo desea, nada posee. El hombre con hambre y frío se bestializa.

La puerta más desquiciada, en donde el marco ensaya una comba a punto de reventar, pertenece a Camilo. ¡Cuántas veces le ha dicho el guardián de las casuchas que se vaya voluntariamente... antes de echarlo con la autoridad! Pero este hombre está enfermo; tiene en su cuerpo el mal que carcome las paredes y techumbre de la vivienda. Su mujer y sus chiquillos se comen las sobras proporcionadas por la pérdida de su dignidad. He aquí como el estómago anula al alma.

El los ve comer... Ya sus días están contados con los dedos de las manos y no se considera con derecho a alargarlos en perjuicio de los niños y de la madre.

La caridad, esa gran virtud universalizada, de vez en cuando pasa por allí, y lleva colgando de las muñecas un precioso rosario tallado en coral. ¡Qué pulcra es la caridad! Aun en los más leves movimientos de sus facciones se ve que ha nacido en lecho de rosas. Habla pausadamente y jamás usa más del número de palabras indispensables para darse a entender; no ejercita otros pasos que los estrictamente necesarios para acercarse a la puerta desplomada; es tiesa, y para



recibirla hay que acercarse prudencialmente para no manchar con las manos inmundas su blancura de mantel...

La caridad infunde fe al corazón de Camilo.

—¿Sabe usted que todos los miércoles visita San Cayetano la casa de quienes tienen necesidades que remediar? Una vela de esperma y una lucesita de fe, hacen que el santo llegue a las puertas de su casa.

—¿Qué importa ensayar?...

Los niños tienen hambre... mi mujer está agotada y enferma... y yo quizás pueda sanar y encontrar trabajo para dignificar mi hogar y traer a casa el sudor de mi frente convertido en pan!

—

—¡Pase adelante, San Cayetano!

En la puerta esperaba Camilo muy de mañanita; había, sobre una lata vacía de frutas conservadas, una velita luchando contra la porfía del viento emporcado de polvo y basuras.

—¡Pase adelante, San Cayetano!

Tendió su mano descarnada y apretó largamente la hipótesis de otra mano amiga...

—¿Se da cuenta?... todo es pobreza, por no decir miseria. ¿Vió los chiquitos? Qué flacos están y como duermen estrujándose los unos contra los otros para calentarse... No sé por qué adelgazan tanto ni por qué los ojitos se les hunden en las cuencas!... ¿Qué quiere que le pida yo?... yo no sé pedir, San Cayetano. Me enseñaron a trabajar. ¡Qué hermoso es tener trabajo!

—

En la misma puerta aun permanece Camilo sentado en el suelo. La comba del marco se ha reventado; no pudo soportar el peso de la techumbre, y en astillas puntiagudas señala amenazante hacia la tierra...

Los ojos de Camilo persiguen la línea inmutable del horizonte; y en el horizonte se asoma una cruz enclavada en la tierra virgen del cementerio...

¿Ese es el camino?

... ...

—Pase adelante, San Cayetano...—Su mano huesosa y fría por donde corren las venas exhaustas, ya no se tiende ansiosa para estrechar la hipotética mano que vió en otra ocasión...

—¿No se da cuenta de que ha vuelto demasiado tarde? ¡Ay!, si quiere ofrecerme trabajo... no sé de qué pueda servirme ya!

¿Ve aquella cruz que divide el horizonte, ¡mi horizonte!, en dos?

Allí están todos los que esperaban de mí. Mi cuerpo ha sobrevido a todos ellos... ¿Por qué? ¡No lo puedo saber!

... ...

—Pase adelante, San Cayetano, y ocupe en esta puerta el sitio que estoy dejando vacante!...

La comba del marco se apretujó convulsivamente y las astillas crepitaron al hundirse en las entrañas de la tierra madre.

Tablero

(1936)

Recorte de *La Presse Médicale*, París, 22 de abril de 1936. Envío del *Dr. Rubén Umaña*, en Limón, Costa Rica.

El artículo del *Sr. M. H. Roger* a que esta nota se refiere, salió en el No. 20, tomo en curso, de este semanario.

Correspondance.—A propos de la nécrologie du Professeur Pavlov.

On lit dans *La Presse Médicale* (N.º 28, du samedi 4 Avril 1936), à la fin d'un article sur Pavlov, signé H. Roger: «Notre admiration doit s'étendre au gouvernement qui a créé les plus belles installations du monde, qui n'a pas hésité à verser aux Instituts de Physiologie de Léningrad une subvention annuelle équivalente à 3 millions de notre monnaie, qui a su tout mettre en œuvre pour favoriser le développement et assurer le triomphe des recherches biologiques».[1]

Le lecteur soucieux de justice, et suffisamment averti, repousse une sollicitation aussi tendancieuse de son «admiration».

L'œuvre de Pavlov, dans ce qu'elle a ce rigoureusement scientifique, est hors de cause,—et l'on ne vise pas non plus ici le battage, pour employer le terme exact, dont les réflexes conditionnés ou «conditionnels» (comme écrit fautivement M. H. Roger) sont l'objet, aux seules fins de réduire à néant les thèses de la psychologie spiritualiste. On pose simplement, devant les lecteurs de *La Presse Médicale*, la question suivante: est-il opportun, est-il convenable d'offrir, sinon d'imposer, à leur admiration, comme protecteur généreux de la biologie et des sciences, le même gouvernement qui par ailleurs envoie tant de savants à la mort, à la geôle ou à la déportation?

Le biologiste et ichthyologue Tchernavine, réchappé du bagne de Solovky, n'a-t-il pas publié, en Février 1933, une liste de 70 noms sous ce titre: «Liste funèbre des savants et des spécialistes que j'ai su, personnellement, en prison ou au bagne, avoir été mis à mort, envoyés aux travaux forcés ou déportés par le gouvernement soviétique durant le période 1930-1932».

Voir, pour plus de renseignements, un article récent: *Remarques sur l'enseignement en U.R.S.S.*, dû à une personnalité particulièrement bien informée des choses russes, publié dans les *Cahiers du Cercle Fustel de Coulanges* (N.º 3, Février 1936). On y trouvera une sûre et instructive documentation. Les cas de l'historien Platonov, du professeur Tarlé, du physicien Kapitza, sont assez significatifs, et l'on méditera utilement les nouveaux statuts (1935) de l'Académie des Sciences de l'U.R.S.S.

M. H. Roger s'extasie sur l'œuvre «gigantesque» qui abrite jusqu'à un millier d'animaux dans les chenils d'une «cité» physiologique, qui organise même, s'il faut l'en croire, «un asile pour les chiens atteints de troubles mentaux», qui édifie des «tours de silence» où d'autres chiens «travaillent» pour l'expérimentation.

L'article de Verax, avec une rigoureuse précision, oppose l'inqualifiable asservissement qui reste en fait, pour les savants, pour la science, la rançon de ces prodigalités apparentes, de ces somptueuses installations.

La liberté d'esprit, la vraie, source de toutes les autres, n'est sans doute pas indifférente aux médecins français, au point de leur faire vouer une admiration unanime à la manière soviétique de favoriser les recherches biologiques et d'en assurer le triomphe.

Dr. Lucien Roques
(Labastide-Beauvoir).

La escritora cubana doña Mercedes Borrero, empleada en la Secretaría de Educación (Dirección de Cultura), La Habana, quiere relacionarse con el Dr. Marcel Bonhomme.

Su estudio *El eclecticismo en la ética* publicado en los Nos. 12 a 15 del tomo en curso de este semanario, la ha impresionado muy bien. Trasladamos, pues, el recado al Dr. Bonhomme.

A todos los escritores de izquierda de la América Latina:

K. Rossi, encargado en la Russia Soviética de los problemas literarios de la América Latina, pide a todos los escritores de izquierda de Méjico, América Central, América del Sur y las Antillas, que envíen sus obras a la siguiente dirección:

K. Rossi
Uliza Gorkovo 36/5 - Moscú
Unión Soviética.

En cambio de la obra enviada pídasele alguna novela soviética en inglés o en francés o algún número de "Literature Internationale" órgano mensual de la Asociación Internacional de escritores revolucionarios, en inglés o en francés.

De la Editorial Ercilla, Santiago de Chile, hemos recibido la siguiente carta:

Febrero de 1936.

Sr. Joaquín García Monge,
Apartado letra X,
San José, Costa Rica.

Estimado amigo:

Por el ejemplar adjunto, se dará Ud. cuenta del nuevo esfuerzo que ha iniciado la Editorial Ercilla con la publicación de la «Revista Ercilla». De un material variado, sin exclusivismos, impresa con esmero, profusamente ilustrada y a precio reducido. «Revista Ercilla» es, día a día, un vehículo mejor de cultura y de difusión.

Pero, no desearía mantener un criterio cerrado como otras publicaciones análogas. Deseo que «Revista Ercilla» sirva a todos los amigos y simpatizantes de la cultura.

Teniendo en cuenta lo anterior, solicito de Ud. el envío de artículos bien sea inéditos, bien ya publicados, especificando en este último caso la revista o diario en que hubiesen aparecido y la fecha de su publicación. De este modo, en vez de que los elementos propios de la Revista hagan una selección o un recorte que no fuera de su agrado. Ud. mismo queda encargado de ello.

Estoy absolutamente seguro de que mi pedido ha de encontrar la más amplia acogida en Ud. y que, a vuelta de correo, tendré algunos artículos inéditos o publicados debidos a su pluma.

«Revista Ercilla» es, por ahora, un ensayo feliz. Por esta razón no ofrezco aún retribución alguna; pero, abrigo la certidumbre de que, dentro de pocos meses, se hallará en situación de pagar la colaboración especialmente escrita para ella. Entonces, el nombre de Ud. será uno de los preferidos en nuestra nómina de colaboradores.

El desenvolvimiento seguido por la sección de ediciones de libros de la casa es bastante elocuente para demostrar cuáles son las normas seguidas. Los autores americanos tienen ya una Editorial que paga y publica todos los originales que se le envían. Así mismo acurrirá con la «Revista Ercilla».

Agradeciendo de antemano la acogida que ésta encuentre en Ud. le saluda cordialmente su amigo y S. S.

Laureano Rodrigo,
(Director Gerente).

Del epistolario de San Martín (febrero 24 de 1816):

«Veo el odio cordial con que me favorecen los diputados de Buenos Aires. La continuación hace maestros, así es que mi corazón se va encalleciendo a los tiros de la maledicencia. Para ser insensible a ella me he aforrado con la sabia máxima de Epicteto: *Si se dice mal de ti, y es verdad, corrígete: si es mentira, ríete*. Nada siento, los tiros disparados contra mí, sino que la continuación hace aburrir al hombre más estoico».

(Cita de Mitre en su *Historia de San Martín*, Cap. XI del tomo I).

INDICE

DEL TOMO XXXI

AUTORES Y ASUNTOS



Explotación de la mujer por el hombre

Madera de *Emilia Prieto*